

Los Retos de Superbike, Moto 2 y Glasgow 3

Kenny Noyes

CAPÍTULO 1

Despertando de Glasgow 3 en Guttman

Lo siguiente es una serie de recuerdos que tuve al despertar del coma en el hospital. Aquí están escritos todos seguidos pero estos primeros recuerdos pasaron durante más de dos meses.

Oscuridad... todo negro... intensa oscuridad... nada de luz...

Oigo ruidos y me doy cuenta que son voces, pero no las puedo entender, parece que están muy lejos. De repente les oigo mejor, pero sigo sin saber de qué hablan ni quiénes son. Ni tampoco quién soy yo ni dónde estoy... ¿Por qué no enciende alguien una luz?

¡Un momento! Hablan supertranquilos y están en la oscuridad, algo no cuadra. ¿Puede ser que solo yo esté en la oscuridad? Y yo, ¿quién soy? Bueno, seguro que todo se aclara si alguien enciende una luz. Pero hay algo más que me molesta, esta oscuridad es demasiado intensa, no hay ninguna lucecita de un transformador ni ningún reflejo, ni nada... solo hay oscuridad, nunca he visto nada así.

Oigo voces, pero ahora hablan en castellano y les puedo entender, dicen algo sobre medicina. ¿Son médicos o enfermeros? ¿Hablando en la oscuridad? No tiene ningún sentido. Puede ser que por algún motivo me hayan tapado la cabeza con una manta o una

sábana. Busco con la mano, pero no siento ninguna manta ni nada que me tape la cabeza y, de repente, me asusto porque toco algo metálico a mi lado, como una barra. Sigo sin ver nada y estoy bastante frustrado ahora.

Pero al menos oigo y tengo sentido del tacto. ¿Tengo ojos? Creo que sí, pero no sé ni quién soy, o sea que será mejor comprobarlo. Me toco la cara y noto algunos vendajes, pero efectivamente tengo dos párpados que están cerrados. Al apretar sobre ellos noto que tengo ojos debajo. ¿Será que yo creo que hay oscuridad, pero realmente tengo los ojos cerrados?

A pesar de que es un gran esfuerzo, consigo abrirlos y lo noto enseguida...

**Todo blanco. Me duelen los ojos.
¡Demasiada luz! ¡Socorro! ¡AUXILIO!**

Intento gritar, pero no hago ningún ruido. Me quedo parado con los ojos cerrados. Me tendré que adaptar a la luz, porque si los médicos o enfermeros (o lo que sean) lo han hecho, yo también podré.

Estoy parpadeando durante lo que me parece una eternidad.

Blanco... negro... blanco... negro... blanco... negro...

Y, por fin, empiezo a distinguir algo. Es un techo blanco, con una luz fluorescente a un lado. Mirando alrededor un poco, veo máquinas y utensilios médicos, de los que se utilizan para operar. Estoy tumbado en una cama, pero, ¿dónde estamos? ¿Y quién soy?

Pienso durante bastante tiempo, pero nada, ni idea. De repente me viene el recuerdo que soy piloto de motociclismo. Compito en velocidad y también corría en *flat track*. Si de verdad soy piloto y he despertado en una especie de hospital, esto no puede ser bueno.

No recuerdo nada, que tampoco es buena señal. Tengo dos manos y la cabeza, no sé si están bien, pero están completos... y los pies... ¡puede que no los tenga! Miro rápidamente debajo de la sabana y, sí, están allí. ¿Pero los podré mover y sentir? Me concentro mucho y logro mover con éxito mis piernas y mis pies. Además, noto con ellos las sábanas y la cama.

Entonces, ¿por qué me tienen aquí atrapado? Decido que tengo que escapar inmediatamente y lo intento, pero no consigo ni moverme. No sé por qué no puedo salir corriendo, ni tampoco por qué estoy aquí. Estoy en una cama, de lo que parece ser un hospital, y me cuesta mucho moverme... De repente me duermo, pero es extraño porque no recuerdo bien el paso del tiempo entre recuerdo y recuerdo. Podrían ser unos minutos, horas o días.

Me despierto y, junto a mí, hay una chica que, en mi opinión, está muy buena. Me habla como si me conociera, me explica que había tenido un accidente con la moto en circuito y esto es un centro de recuperación. Ok, ¡esto me cuadra bastante! Pero, ¿quién es ella y cómo sabe tanto? Haciendo un gran esfuerzo consigo preguntárselo.

—¿Otra vez? —murmura ella y cierra un poco los ojos.

Pero yo no recuerdo haber hablado con ella nunca.

—Tú eres Kenny y yo soy Iana. Soy tu mujer y vivimos juntos desde hace un montón de años. Tú eres piloto profesional de velocidad. Estuviste dos años en el mundial en Moto2 y el año pasado ganaste el título del FIM CEV de Superbike. ¿Recuerdas algo, Kenny?

Estoy callado con la mirada perdida, intentando recordar algo, pero nada. Aunque debo acordarme que ella es mi mujer para la próxima vez que esté despierto y alerta. Si es verdad que estoy casado y soy piloto debo ser mayor de lo que pienso... sería imposible que solo tuviera 16 años. ¿Y he estado en el mundial? Sé lo que es eso, lo de Rainey y Rossi. Pero, ¿yo estuve allí? No creo que sea po-

sible... Y me vuelvo a dormir. Bueno, en realidad no es exactamente dormir. Es más parecido a una desconexión.

Cuando me vuelvo a conectar mi mujer ha desaparecido y en su lugar hay un hombre que se parece bastante a mí. Canta y baila de una forma muy graciosa. Me hace reír mucho pero no tengo ni idea quién es.

—Un segundo, ¿tú quién eres? —le interrumpo preguntando.

—¿Otra vez? —murmura, igual que la chica que decía ser mi mujer.

—Soy tu hermano, Dennis, y tú eres Kenny, un piloto que... —y empieza a repetir lo mismo que la chica.

—Recuerdo que tengo un hermano pequeño —digo aunque él estaba todavía a media frase.

—Sí, exacto. ¡Soy yo!

—Pero no puede ser, porque mi hermano pequeño tiene unos 14 años. Dos menos que yo.

—Y tú, ¿cuántos crees que tienes, Kenny?

—16 —le contesto rápidamente.

Un momento, mi edad no cuadra. Si he estado... bueno, “estoy” casado, y además he corrido en el mundial... No puedo tener 16 años.

—Bueno, ¿26? —le pregunto.

—Sí, los tenías hace como 10 años —contesta intentando no reírse—. Envejecemos todos, pase lo que pase.

¡Qué fuerte! Pero no sé si creérmelo... 36 son casi 40... imposible, no puede ser. De repente me viene otro flash: conducir por Malasia, ir al mercado de imitaciones que había por las calles... fui con Iana. Sí, sí, ahora recuerdo que era (es) mi mujer y estábamos en Malasia para correr una carrera del Mundial. Ahora también recuerdo que en las instalaciones del circuito hicimos una carrera de karts que se me dio bastante bien. Llegué a la final, en la que estaba Valentino Rossi.

Todo parece cuadrar... menos mi edad. Siento que tengo 16. Cierro los ojos y me vuelvo a desconectar.

Al reconectar sigo en la misma cama, pero ahora tengo los brazos pegados a mi propio cuerpo a los lados como una momia. Llevo unas manoplas de plástico enormes y absurdas en las manos. No puedo moverlas ni tocar nada y no entiendo porque me han hecho esto. ¿Por qué estoy así? ¿Quién me ha hecho esto? Quiero decirlo pero no puedo y no paro de moverme.

—Para, Kenny... para, por favor... —me dice otra señora.

La reconozco enseguida, es mi madre, Heidi Noyes. Paro un momento. Entonces yo me apellidaré Noyes igual que mi madre. Aunque creo que he averiguado cómo me apellido, sigo sin saber por qué me tienen aquí atado. Mi madre me miraba y parecía entender mis pensamientos.

—Te han tenido que atar los brazos y ponerte manoplas porque no parabas de sacarte los tubos del cuello.

Ah, sí. Ahora recuerdo que tengo tubos de goma metidos por el cuello que bajan como hacia la zona del estómago. Claro que me los quiero sacar, son supermolestos y no entiendo para qué sirven. Siempre intentaba tirar de ellos, pero cuando levantaba las manos hacia los tubos no me dejaban, me decían todos que parase. Parecía que estaban compinchados en mi contra: médicos, enfermeros y hasta mi propia familia. Aun así, un par de veces conseguí sacarme los tubos sigilosamente. Era una sensación bastante desagradable, sobre todo cuando se daban cuenta y los enfermeros me los volvían a meter. Pero, ¿para qué sirven estos tubos?

Me vuelvo a desconectar y esta vez me despierto (bueno, creía estar despierto) en medio de una batalla naval. El barco más grande de todos, en realidad, es una especie de princesa flotante completa con velas de barco y todo. La parte delantera es su cabeza y me habla.

—Ven conmigo. Que aquí estarás bien y no hay dolor —dice ella.

—¡Pero si hay una batalla naval! —le respondo gritando. Y de repente oigo un “WWWUUUUSSSH HHH” muy alto. Al momento todos los otros barcos desaparecen. Solo queda el barco/princesa que se mueve lenta y suavemente.

Yo no tengo cuerpo ni barco, soy unos ojos suspendidos allí, como pasa en muchos de los primeros juegos de realidad virtual. Puedo mirar hacia todas las direcciones y moverme, pero sin cuerpo, como si no existiera físicamente.

—Ven conmigo, que aquí no hay dolor y estaremos flotando eternamente. O haciendo lo que tú te imagines... —la mujer/barco me vuelve a hablar mientras me esfuerzo para entender lo que pasa.

—¡Socorro! —pienso—. Contigo no quiero ir ni de coña, apenas te conozco y ya me parece muy rara.

Cierro los ojos y pienso que quiero que desaparezca este mar con todos los barcos y quiero tener otra vez un cuerpo real. Cuando vuelvo a abrir los ojos estoy aliviado porque ha desaparecido todo lo marítimo. Vuelvo a tener cuerpo, que está en la cama del centro de rehabilitación, pero al menos está. Es una realidad chunga con bastante dolor... pero muy real.

Ahora están conmigo mi mujer y mi hermano Denny. Por algún motivo, me repiten de distintas formas que mueva la pierna. Es difícil hacerlo, pero consigo levantarla un poquito. Cuando lo ven se ponen supercontentos como si fuera un gran logro. ¡Si casi no he podido moverla! Qué raro que algo tan simple y pequeño les haga tan felices. Al pensarlo me vuelvo a desconectar.

Cuando me vuelvo a conectar veo y reconozco a mi padre, Dennis, leyéndome cosas de un libro. Una escena bastante común, pero me resulta muy raro verle sentado aquí, en este centro que parece un hospital. Esta dándome porcentajes de unas escalas nuevas y raras, pero yo sigo muy confuso porque no sé ni dónde estoy.

—Me han dicho que soy piloto de carreras de velocidad en moto y que tuve un accidente... pero, ¿qué me ha pasado? —le pregunto directamente, interrumpiéndole.

Mi padre respira profundamente antes de contestar y repite lo que me habían contado antes, pero con más detalles.

—... Hicieron lo posible para estabilizarte en el circuito antes de salir en helicóptero al hospital.

—¿A este hospital? ¿Qué circuito? —pregunto.

—Al de Zaragoza, ¿de verdad no te acuerdas? Vale. El Circuito era Motorland, Alcañiz. Estábamos allí para la tercera prueba del FIM CEV de Superbikes que ganaste el año anterior. Salías cuarto, pero en el *warm-up* del domingo antes de la carrera tuviste una caída que te dejó inconsciente. La ambulancia y el equipo médico del circuito se dieron cuenta rápidamente de la gravedad de la situación... llegaste al hospital en estado Glasgow 3 —explica en detalle.

Intentando comprender todo me río un poco nervioso.

—Bueno, Papá, un podio nunca ha sido malo —digo—. No es una victoria, pero P3 es algo con lo que siempre he estado bastante contento.

Mi padre estaba demasiado preocupado y lo último que le dije no suavizó la situación en absoluto.

—Creía lo mismo, pero la escala de coma Glasgow va al revés —dice con gravedad—. La he guardado para entenderla mejor. Es una escala de nivel del coma que usan, sobre todo, las ambulancias con los hospitales. Así facilitan la comunicación, pero empiezan por abajo que es... bueno, la muerte. Va por partes que se suman, o sea, que el valor más bajo que puede obtenerse con opciones a recuperación es 3 (1 + 1 + 1), y el más alto que significa estar más o menos bien es 15 (4 + 5 + 6)... Es un sistema muy complejo...

Lo pienso durante un rato, porque todo esto que explicaba rápidamente mi padre es muy complicado y difícil de entender.

—Entonces P3 es victoria en esta escala. ¿Y P2 y P1? ¿Qué son?
—le consigo preguntar.

Mi padre vuelve a respirar profundamente.

—La muerte —dice muy serio—. De hecho, con Glasgow 3 estaban preocupados por tu vida en todo momento. Pero, por suerte, estás aquí con nosotros en el Instituto Guttmann.

—Y esto, ¿está lejos de Alcañiz? —pregunto.

—Sí. ¿No recuerdas nada? ¿De verdad? —dice con mucha calma, como si esto fuera algo que ya había dicho antes—. Estamos ahora a las afueras de Barcelona. Desde tu caída ya han pasado dos meses y hace poco hemos empezado a pensar en tu recuperación. Para ello hay otra escala mucho menos dramática y sin ninguna suma, la del Rancho los Amigos. Es bastante más realista para poder interpretar los niveles de recuperación cerebral.

—¿Y, en esta escala, también voy ganando? —pregunto.

—Bueno, esta va del uno al ocho y es más fácil de entender. Pero como tú hablas de ‘victoria’, ganar sería mejorar y no estar en ninguna de estas escalas. Después de todo lo que he visto, y conociéndote como te conozco, sé que no pararás de intentarlo hasta que lo consigas —contesta mi padre.

Segunda parte

Los siguientes recuerdos también son de Guttman pero ya son algo más claros en mi cerebro porque ya estoy entrando en la fase de mínima conciencia. Aun así sigo sin estar del todo presente y no sé en qué orden sucedieron ni cuánto tiempo pasó entre ellos. Lo escribo como lo tengo en la cabeza.

Me sacaron los tubos del cuello, pero no lo recuerdo bien. Lo que sí recuerdo es que me empezaron a traer comida. No podía beber agua ni ningún líquido sin una pastilla que lo hacía más espeso. La pastilla era blanca y, además de espesar el líquido al deshacerse, lo dejaba todo con un color blanquecino asqueroso.

La doctora me había explicado que yo no tragaba bien y que existía mucho peligro de que el líquido, en vez de ir a mi estómago, podría acabar en mis pulmones. No hacía correctamente la función de separar la vía respiratoria en el cuello. Vamos, que a casi todo le teníamos que añadir esa pastilla blanca que yo odiaba.

Lo que pasa es que siempre, en la bandeja de comida que traían, había una botellita de agua que alguno de mis familiares tenía que quitar para añadir la pastilla blanca. Cada día yo vigilaba la bandeja, y una vez mi familia estaba hablando. No se dieron cuenta que los enfermeros habían dejado la bandeja, pero yo sí la vi. Sigilosa y rápidamente saqué la mano para pillar la mini-botella de agua. ¡Pero mi hermano me vio!

—Kenny, ¿Qué has HECHO? —me gritó. Aunque yo ya tenía la botellita y sin decir nada la intenté esconder.

—Kenny, ¡idame la botella! —insistió mi hermano, levantándose y andando hacia mí. Yo seguía en silencio, pero sabía que me habían

pillado. Ahora mi hermano ya la había visto y la agarró intentando quitármela, pero yo la sujetaba con todas mis fuerzas. Tiramos de la botellita un rato, mientras mi pobre hermano intentaba convencerme.

—Recuerda que no quieren que bebas agua sola para que no te atragantes. Dentro de un tiempo te harán otra prueba y, si la pasas, te dejarán beber líquido sin espesante —me repetía continuamente.

Al final no pude más y me la quitó. Estábamos los dos respirando fuerte y muy infelices, pero por diferentes motivos. Yo porque había perdido la batallita por la botella y no podría beber de ella. Mi hermano por mil razones: por mi situación dramática, porque no paraba de quejarme y de luchar contra todo, además no estaba claro si saldría de esta ni en qué condiciones acabaría.



Otro recuerdo que tengo grabado de Guttman también tiene que ver con la comida. Siempre traían también un postre, aunque yo no podía comerlo, y a menudo era un flan. Un día estaba allí mi amigo y mánager, Fermín Villar, quien de alguna forma se dio cuenta que había un flan que nadie quería. Lo sacó de su vasito de plástico dejándolo en un plato y todos nos preguntábamos qué haría Fermín con el flan. El tío se puso las dos manos detrás de la espalda, se agachó para acercar la cara al plato, abrió un montón la boca, puso los labios alrededor del flan, hizo una succión muy fuerte y el flan desapareció. ¡Luego se lo tragó entero!

Me quedé superimpactado y Fermín, bajo la lluvia de preguntas de mi familia, dijo que uno no era nada, que su récord personal era tragarse así trece seguidos. Luego nos vaciló un poco diciendo que fue después de cenar y, que si no hubiera comido tanto, su record sería cincuenta o sesenta.

Recuerdo estar asustadísimo.

—¿Y no te sienta mal? —pregunté.

—Que va. Pero conmigo el flan no es un buen plan —nos dijo Fermín.

Lo del “flan no es un buen plan” me hizo mucha gracia y no podía parar de reírme. Visto el éxito de la frase, mi hermano cogió un rotulador y la escribió en la ventana de la habitación. Me hizo tanta gracia que todavía tengo muy presente el momento y creo que es un recuerdo bueno de Guttman que tendré para siempre.



También recuerdo entrenar físicamente en la habitación con mi hermano y jugar con él. Cuando no podía salir de la cama, jugábamos al baloncesto con una especie de canasta pequeña que fabricó él al final de la cama. Tirábamos con una mini pelotita, como de tenis o algo así. Era muy difícil para mí, pero aplaudía mucho toda mi familia cuando conseguía meter canasta y me motivaba para seguir intentándolo.

A veces jugábamos con pequeños helicópteros teledirigidos. Había que aterrizar en cojines o libros a diferentes alturas y tener cuidado de que el helicóptero no se chocara contra nada. Esto asustaba a los enfermeros pero va superbién para la coordinación y los movimientos pequeños, pero precisos, de los dedos.

Todo me ayudaba, pero de una forma divertida, sin que yo me enterara de mucho. Para mí eran juegos en vez de ejercicios de recuperación. Toda mi familia contribuía y ahora me doy cuenta de lo importante que era, pero entonces no tenía ni idea de nada.



Cuando ya me podía levantar conseguía meterme (con ayuda) en la silla de ruedas y mi mujer me empujaba por todos los pasillos de Guttman.

Siempre me quería levantar y andar, pero no tenía ni fuerzas ni equilibrio suficiente para hacerlo. Cuando lo conseguía era con ayuda de mi familia y, muchas veces, de la pared. Me ofrecían siempre su mano para ayudarme. A veces la cogía, aunque a veces iba sin ayuda, siempre con la pared cerca. Estaba bastante obsesionado con poder andar y mis familiares siempre estaban muy atentos por si en uno de mis intentos perdía el equilibrio.

Luego me empecé a alejar de la pared. Iba muy lentamente, con mucho cuidado para no caerme. Recuerdo caminar solamente unos pocos metros y me sentía como si estuviera en un deporte de riesgo. Ahora me parece absurdo que tuviera tanto miedo de caerme al suelo... pero lo sentía y me enfrentaba al miedo cada día.



Con mi mujer empujándome en la silla de ruedas por los pasillos, me impresionó lo grande que es Guttman y la cantidad de pacientes que hay. Cada mañana, una fila de ambulancias traía a nuevos pacientes. Yo creía saber que todos eran pilotos de motos de carreras y que habían sufrido una caída como la mía. Aunque no les conocía de nada, necesitaba saber qué moto tenían y si se acordaban de su accidente. Tampoco me daba ningún tipo de vergüenza preguntarlo.

Empecé muy pronto, antes de poder moverme bien e incluso antes de que se me entendiera con facilidad. Como yo no podía hablar con toda la claridad que me hubiera gustado, pedía a mis familiares que consiguieran la información y, gracias a mi insistencia, al final la conseguían.

Pero sus respuestas no me cuadraban mucho porque mis familiares decían que ninguno era piloto de motos, ini de nada! La mayoría se había caído mal por las escaleras o de una silla al intentar cambiar una bombilla en el techo. Que se habían caído para atrás con la mala suerte de romperse el cuello, la espalda o de darse un golpe fuerte en la cabeza. Unos pocos decían haber tenido accidentes de tráfico, en coche por la calle, no en moto de carreras. Yo seguía pensando que todos eran pilotos pero por algún motivo me mentían. En cuanto me pude mover, se lo empecé a preguntar directamente a cada uno.

Me costaba mucho hablar con ellos porque había tantas distracciones. Siempre tenía que estar acompañado y la mayoría de ellos también. Esto pasaba al principio pero al ir mejorando había que ir a diferentes terapias en las que mis familiares me dejaban con el médico/terapeuta y con un grupo selecto de pacientes que estaban en la misma sesión.

Estas sesiones de terapia me ofrecían la oportunidad perfecta para preguntar a los otros pacientes sobre su accidente. Lo intentaba antes de empezar pero pocos me comprendían. Había algunos que sí me entendían, pero les costaba mucho hablar a ellos también. La mayoría estaban muy confusos porque les parecía una pregunta muy inapropiada, sobre todo cuando venía de un total desconocido. Por suerte algunos me entendieron y no tenían ningún problema en contestarme.

Su respuesta directa me dejo todavía más perplejo. Ninguno era piloto, muy pocos tenían moto... empecé a pensar que, por algún motivo desconocido, todos me mentían. Aun así seguí preguntando y por fin encontré a uno que me dijo que sí tenía moto.

—Tengo una Ducati y creo que está todavía en mi garaje, pero... ¿por qué me preguntas esto? —se extrañó.

—Pero del accidente, ¿te acuerdas de cómo pasó? —le insistí.

—Sí, me acuerdo del accidente que me dejó tetrapléjico, pero no tiene nada que ver con mi Ducati. Un momento. ¿Crees que mi accidente fue en moto? —dijo, intentando entender mi pregunta. Yo le contesté que sí, que soy piloto y creo que todos los lesionados han tenido un accidente como el mío.

—¿Piloto, en serio? ¿Tú eres piloto y te caíste corriendo una carrera? ¿Y piensas que todos también tuvimos nuestro accidente así?

—¡Claro! Pero mi caída no fue en carrera, fue en entrenos. Y la tuya, ¿cómo pasó?

Entonces hubo un momento de silencio tenso. Después, el hombre sonrió.

—¡Qué suerte tienes! —exclamó.

Esto me dejó completamente descolocado: estábamos en un hospital, yo estaba en una silla de ruedas, no me podía casi ni mover, hablaba muy mal y en general estaba fatal.

—¿Suerte? —le contesté con total incredulidad.

—Sí... ¡exactamente! —reiteró—. Creo que cuando te cuente la historia de mi accidente lo entenderás mejor.

Hizo otra pausa y, con un tono de voz más bajo, empezó a contarme su historia. Todavía la recuerdo, palabra por palabra:

“Una mañana me levanté tras varios pitidos de la alarma, como de costumbre. Me hice un café con leche, me vestí y salí pensando que desayunaría en la cafetería que hay al lado de mi oficina. Vivía cerca del trabajo porque me pillé el piso después de tener mi posición en la empresa bastante asegurada.

Salí a la calle pensando en cosas de trabajo mientras caminaba por la acera. Iba tranquilo. Silbando algo, creo, porque solía silbar por las mañanas. De repente noté un impacto fuerte en la espalda y salí volando hacia delante, y también hacia arriba. Luego caí sobre la acera, di bastantes volteretas y giros raros. En las vueltas que daba mi cuerpo me di varios golpes fuertes contra el cemento.

Cuando estaba casi parado oí unas ruedas de coche chirriando y el grito de una mujer, pero no veía nada. Me intenté levantar y esa es la primera vez que lo sentí... De repente todo lo demás perdió importancia para mí, porque intentaba mover mis manos y piernas, pero nada, no reaccionaban y no las sentía como antes.

A mi alrededor empezó a llegar mucha gente asustada por el impacto y buscando heridos, pero yo, por más que lo intentaba, no conseguía moverme ni levantarme. En uno de los intentos de moverme hice un ruido, como un gemido, que se oyó. Una de las personas que había allí se acercó a mí y me preguntó si le podía oír, pero de alguna forma se dio cuenta de mi estado. Pronto llegaron los enfermeros, hablaron conmigo y me pusieron en una camilla.

Aquí mis memorias se vuelven bastante borrosas. Hubo muchas operaciones en el hospital, pero después de cada una de ellas me acuerdo que no conseguía mover nada. Finalmente me dijeron que mi vida no estaba en peligro, pero que al romperse mi cuello la médula espinal había sido cortada sin opción de poder ser arreglada. Vamos, que iba a sobrevivir pero me iba a quedar tetrapléjico para el resto de mi vida.

Por eso digo que tienes suerte, porque sabías el riesgo que había cada vez que te ponías la equipación y salías a pista. Yo, en cambio, iba andando a trabajar como cada mañana, un conductor de autobús se durmió y se metió por la acera atropellándome. Por suerte a esa hora no había más gente por la acera, porque si hubieran estado conmigo les habría dado a ellos también.

Yo siempre he tenido miedo al riesgo, con mi Ducati iba lentísimo por la calle y nunca me he metido a circuito. También esquiaba con mis amigos. Una vez tuve una caída el viernes que me asustó tanto que, aunque tenía el pack de fin de semana ya pagado, no esquíé más. Me quedé los tres días allí esperando a mis amigos. Estaba todo el día en el bar como un alcohólico profesional

(sonrió un poco) *empezando con carajillos por la mañana y acabando por la noche con un montón de copas. Pero mira... el destino ha sido cruel conmigo. Me dio un autobús y ahora tengo que aprender a subsistir con parálisis para el resto de mi vida”*.

Paró de hablar y se quedó mirándome. Tardé un poco en asimilar lo que había dicho, pero cuando lo entendí se me quedó una expresión de sorpresa y horror.

—Joder... qué fuerte... —murmuré, intentando imaginarme en su situación.

Nos quedamos un rato en silencio hasta que vino a buscarle un familiar o amigo suyo y se lo llevó a su habitación. No me dijo nada más al irse. Yo estaba impactadísimo por sus palabras y me quedé completamente solo, repasando todo. Pasado un rato vino a buscarme mi mujer, que enseguida me vio la cara y me preguntó si estaba bien. Le dije que sí pero que estaba pensando en muchas cosas.

A partir de ese día dejé de preguntar a todos los pacientes por su lesión. Me sentía muy desafortunado por mi estado, pero me di cuenta que había gente pasándolo mucho peor porque había tenido su golpe sin esperárselo.

—Está claro que no he tenido suerte, pero tampoco he tenido tan mala suerte, joder... ¡qué fuerte! —pensaba una y otra vez.



Cuando ya me podía mover más, los fisioterapeutas que estaban en el centro de recuperación Guttmann me comentaron la posibilidad de que fuera a hacer sesiones al gimnasio. Recuerdo que era bastante grande, con distintas zonas para diferentes tipos de actividades. En cada zona había uno o varios fisios.

Desde el primer momento me pareció que había demasiados pacientes y muy pocos fisioterapeutas. Pero me metí de todas formas

junto con los demás. No recuerdo exactamente cómo funcionaba, pero sé que había un horario y cada uno de los pacientes tenía una rutina específica. El problema es que éramos muchos y cada uno tenía una lesión distinta, era un follón tremendo.

Aun así, iba a diario, como todos. Mi plan era hacer todo y mejorar cuanto antes para poder irme de este sitio bastante chungo. Un día tuve un conflicto grave con un pobre chaval de unos quince años que había tenido un accidente que le había dejado fatal. Sé que yo tenía muchos problemas, pero me di cuenta rápidamente que él tenía más problemas mentales que yo. Él no paraba de molestarme y no hablaba pero se reía mucho.

Estábamos los dos en la misma zona del gimnasio, en un sitio donde había unas barras paralelas al suelo, entre las que había que ponerse de pie sujetándolas con las manos. Para mí era muy complicado, pero lo intentaba una y otra vez. De repente, una de las veces noté que alguien me pellizcaba el estómago por un lado, por la zona de la cintura. Grité bastante asustado, miré para atrás para ver quién era y vi a este chico.

—¿Qué haces? —le pregunté bastante irritado—. ¡Para!

Pero el chaval no me respondía y no paraba de reírse. Me di la vuelta para seguir con el ejercicio, pero pronto sentí otro pellizco y, esta vez sin parar ni girarme, le dije que se estuviera quieto. Esto se repitió otras dos veces sin ningún cambio. Estaba más pendiente de los pellizcos que del ejercicio, hasta que llegué a cabrearme de verdad. Ahora que estoy calmado y pienso más, no entiendo por qué no hice otra cosa como decírselo a uno de los fisioterapeutas.

—¡Si me vuelves a pellizcar te reviento la cara! —le amenacé.

Esto solo le hizo reírse más y en cuanto me giré para continuar con los ejercicios me pellizcó igual que antes. Furioso me di la vuelta tan rápidamente que casi me caigo. Me sujeté en la barra con una mano y con la otra le lanzaba bofetadas (bastante patéticas) con la

mano abierta. Él primero las bloqueaba y luego empezó a lanzar tortas (también patéticas) en mi dirección. Pronto los dos empezamos a chillar y los fisioterapeutas, en cuanto se dieron cuenta de lo que estaba pasando, vinieron gritando que paráramos. Pero nos tuvieron que apartar físicamente para que dejáramos de pegarnos.

El personal que estaba cerca nos separó para hablar con nosotros individualmente y no entendían que había ocurrido.

—¿Cuál es el problema? ¿Os vais a pelear más? —me preguntaron.

No tengo ni idea de lo que el chaval dijo, pero yo les dije que no podíamos estar juntos en ningún momento.

—Me irrita y por mucho que se lo diga no para de molestarme... seguro que si estamos juntos pasará algo otra vez y nos volveremos a pelear —insistí.

Entonces, en el gimnasio nos separaban para que nunca estuviéramos en la misma zona. Pero desde ese momento nunca volví a sentirme tranquilo entrenando. Por pura suerte un día averigüé que había otro gimnasio completamente separado en el propio Guttman. Enseguida pensé que tenía que cambiarme a esta zona y menos mal porque resultó que este nuevo gimnasio tenía muchas cosas diferentes pero sobre todo, mejor atención personalizada.

En Guttman hay varias partes, pero no hay señales ni papeles expuestos claramente con las diferentes opciones que hay. Vamos que les falla la buena comunicación y, con todo lo demás que pasa, no se entienden bien las zonas que hay. Algunas son parecidas a un hospital clásico donde estás ingresado al principio. Otras se parecen más a un gimnasio que a un hospital. Aquí es donde trabajas para mejorar tanto a nivel físico como cognitivo: desde movimientos hasta coordinación, pasando por lógica y habla.

Pensaba que el “gimnasio” en el que estaba era el mejor, que no había ninguno más, pero estaba muy equivocado. Existe una

zona que llaman “privada” y no te lo explican claramente. Es una zona que no está abierta a todos los pacientes porque a algunos no les iría bien y también está el problema económico porque solo hay algunos seguros que lo cubren. En cuanto lo descubrimos, mi mujer Iana, en seguida se puso con ello y al día siguiente podía ir.

En esta zona es donde mi auténtica recuperación empezó. Realmente tengo que agradecer al chaval con el que me peleaba porque si no hubiera sido por los conflictos con él, probablemente, no habría descubierto esta nueva zona. Y sin este cambio no quiero ni imaginarme cómo estaría ahora.



Estas primeras páginas son de como fue mi despertar del coma. Sé que está escrito de una forma bastante confusa pero así es como me sentía de verdad. Quería intentar captar eso precisamente, para que os hagáis una idea de lo complicado que resulta para todos los que intentan recuperarse después de cualquier traumatismo craneoencefálico.

Así es como realmente empezó mi camino hacia la recuperación.